

—únicamente se seleccionaron textos de poetas nacidos entre 1900 y 1950— que nos parecía necesaria, pero que como quiera que el criterio de los antólogos había tenido en cuenta principalmente la preocupación testimonial, resultaba demasiado parca, pues aunque se extendía a cinco países, lo hacía en poco más de doscientas cincuenta páginas.

Hoy continuamos con otras antologías que, bastante más ambiciosas, aparecen en Nicaragua y El Salvador, respectivamente, ofreciéndonos un panorama mucho más nuclear del fenómeno poético en esos países.

Antología general de la poesía nicaragüense

A cargo de Jorge Eduardo Arellano —que en un prólogo sucinto nos la presenta— corre esta selección publicada por las Ediciones Distribuidora Cultural, de Managua. En la presentación, nos explica que este volumen —más de quinientas páginas— se debía haber publicado en 1978, «pero lo impidió el estado de insurrección nacional, extraviándose por entonces sus originales ya levantados. Gracias a un feliz azar, el autor logró recuperarlos y proceder ahora a su primera edición».

Para quienes padezcan de cualquier renuencia ante textos que provengan de un país tan conflictivo —por otra parte tan querido— hemos de señalar que este volumen no viene parcelado por ninguna causa ajena a la estricta poesía. Muy al contrario se trata de un tomo visceral, importante, acaso histórico, en el que se muestra «un panorama eficaz, fundamentado en una colección de textos duraderos más que de autores, de temas y recursos, de creaciones verbales, en fin. Dándole al conjunto una orientación didáctica, aspira a ser general y abierto».

Efectivamente, se muestra todo el desarrollo de la siempre importante poesía nicaragüense hasta la promoción de los años cincuenta y sesenta, pero excepción hecha de Darío, que es un monumento aparte. También se editará otro volumen con las últimas promociones, lo que equivale a decir que Nicaragua es poseedora de una riqueza poética inexistente en países con muchísima más extensión y población. Y, desde luego, que poder llevar a cabo la publicación de una trilogía de tal envergadura requiere algo más que el preciso entusiasmo y el trabajo correspondiente: se trata de contar con suficiente material de construcción si la rigurosidad es una exigencia.

Existen pocos países en América que puedan enumerar entre sus poetas a un coloso de la altura de Darío; incluso los apasionados por cualquier punto de ese enorme mapa podrán contarlos con los dedos y tal vez le sobren de una mano. Pero la potencia lírica del pequeño y entrañable país no queda limitada al genio de Metapa pontífice del modernismo. La herencia de los «Nicaraguas» es antigua y compacta. De ahí que la selección se abra con poemas indígenas que conservan su frescura a través de los siglos. Pero como quiera que se agrupan doscientos quince poetas, no tenemos espacio para enumerarlos.

Sin embargo, antes de cerrar este comentario, sí creemos necesario decir que esta estupenda colección de poemas se divide en catorce estudiadas partes que facilitan sin duda la localización de textos, cumpliendo con el propósito del antólogo, es decir, la orientación didáctica.

Jorge Eduardo Arellano (Granada, Nicaragua, 1946) ha conseguido un libro

imprescindible. Si tenemos en cuenta que Nicaragua cuenta con una población de un millón seiscientos mil habitantes, aproximadamente, si además se nos muestra que sus poetas no son únicamente los cuatro o cinco de más renombre, sino un importante número de autores con calidad altísima, incluso puede resultar no ya digno de admiración o sana envidia, sino causa de rotundo complejo viendo otros panoramas de nuestro ámbito cultural.

Índice antológico de la poesía salvadoreña

Seguimos en Centroamérica —esperemos que «sin invocar su nombre en vano»— y ahora en El Salvador. Desde allí, David Escobar Galindo preparó este otro volumen publicado en la Colección Gavidia de UCA/Editores, dirigida por Italo López Vallecillos. Resulta tan ambicioso como el anteriormente reseñado —ahora, nada menos que setecientas sesenta y siete páginas, que arropan a ciento cinco poetas— si tenemos en cuenta que desde Miguel Álvarez Castro (1795-1856) a Miguel Huevo Mixco (1954) ha corrido también bastante tiempo.

Parecidos propósitos hacen que Escobar Galindo no caiga tampoco en posturas dogmáticas o simplemente políticas, aunque su selección esté organizada, como se indica, mediante dos índices —uno, por autores; el otro, general— que también cumplen sus funciones a la hora de consultar. (Sin embargo, en justicia, se ha de decir que las notas bibliográficas de esta colección de textos son mucho más prolijas, aunque no se acompañen de ilustraciones o fotografías.)

Nos dice Escobar Galindo:

«El tumulto de los sucesos políticos —agavillados en revueltas, golpes de Estado, dominio de grupúsculos y escasez de libertades reales— sirve de trasfondo casi coreográfico al esfuerzo de la cultura, movido desde el trasfondo por un psiquismo colectivo preñado de claroscuros, y al que aquellas fuertes individualidades prestan su sino fragmentario. Hay, en ese orden, un afán de belleza, una convicción de espíritu, un anhelo de utopía que, por momentos, como en Gavidia, Geoffroy Rivas y Dalton, asume la vigencia de una acre ironía. Es la dureza del medio que viene a reclamarla. Pero también esa dureza ha hecho que los creadores busquen, por contraste generalmente solitario, la delicadeza del hondo lirismo. En realidad, los poetas se sustentan en lo que les rodea, por acción y por omisión: y esa es la base de la insoslayable contemporaneidad de cada uno.»

Después de repasar los antecedentes para una visión panorámica de la poesía en su país («No hay, entonces, una selección de conjunto que reúna nombres, datos y poemas para que el lector —y el estudioso— perciban las significaciones globales. De ahí la intención de este Índice Antológico»), así como de explicarnos los movimientos y ramificaciones que surgen («no es posible el encasillamiento excluyente»), termina su *nota preliminar* así:

«Esta selección no es exhaustiva. Tampoco interesada. Pretende dar una muestra suficiente de la poesía salvadoreña, sin prejuicios cronológicos ni ideológicos. Ojalá que sea entendida como un trabajo de amor y de buena voluntad que, desde luego, puede mejorarse y enriquecerse. Y un punto importante: entre los poetas más

recientes, muchos están trabajando, pese a las circunstancias; quizá no están todos aquí, porque la selección ha de tener un equilibrio cuantitativo: se buscó simplemente a los que encarnan, en forma más acusada, las diversas tendencias estéticas.»

Y bien. Como en el comentario precedente y por idénticas razones tampoco podemos detenernos en elaborar la larga lista de nombres que componen el volumen. Aunque en este caso el número sea algo menor, continúa siendo importante. Alta es, también, la calidad de los trabajos seleccionados. Hay un punto en el que sí quiero detenerme, por parecerme que es esclarecedor de la postura dialéctica de la antología: Roque Dalton dedicó a Escobar Galindo su poema «La violencia aquí», de «Poemas clandestinos». La posición ideológica de Dalton contraponía estos versos a los de Escobar Galindo titulados «Duelo ceremonial por la violencia». El hecho de que el antólogo incluya los dos textos dice mucho a su favor, teniendo en cuenta que el volumen no hubiera sufrido ninguna variación en su estructura. Pero si desde la primera a la última página no puede dudarse de la imparcialidad y el rigor de Escobar Galindo, tal vez estos dos poemas publicados a pesar de todo sean un dato más que nos hace creer absolutamente en una honradez intelectual de la cual adolecen selecciones parecidas.

David Escobar Galindo, poeta, narrador, nació en Santa Ana, El Salvador, en 1943. Su *Curriculum* y bibliografía ocuparían más de una página de esta revista, así que prefiero que sea el lector del libro comentado quien averigüe sus datos.

Una antología temática: la música es azul

De nuevo aparece una selección de la extensa obra de Manuel Pacheco —Olivenza (Badajoz), 1920—, después de la preparada por el autor de estas líneas, prologada por Cela y publicada por la Editorial Zero-Zyx, ya tristemente desaparecida. No es rara la aparición de Pacheco en una u otra editorial, pues, tal vez, sea el más *popular* de los poetas extremeños, en el sentido estricto de la palabra. Lo que no resulta tan frecuente es que se editen antologías temáticas y en el caso que nos ocupa nos parecía interesante, como apuntábamos en esta misma revista hace algunos años (C. H., núm. 349).

Así, *Azules sonidos de la música*, preparada por Manuel Pecellín Lancharro (Universitas Editorial, Badajoz, Colec. «Autores extremeños») es una selección de poemas cuyo eje central es la música —y sus alrededores— en la obra de Pacheco.

Pecellín, en el prólogo que como ya resulta usual justifica estos libros, lo explica así:

«Manuel Pacheco, “poeta bravo, selvático y montaraz”, como Cela lo tiene rotundamente definido, hace galas de exquisita sensibilidad para leer en el libro de la naturaleza las más ocultas sinfonías. Enlazando con la vieja tradición, que procede al menos de los órficos pitagóricos, ardorosos buscadores de las «Armonicae mundi», según denominación renacentista, Manuel Pacheco se ha afanado por recoger en pentagramas verbales los más cálidos sonidos.

Pero su interés no se queda en la música explícita y cuanto la rodea: cantantes, instrumentos fónicos, producciones orquestales, etc. Las metáforas sinestésicas derivadas de la esfera auditiva se le vienen a la pluma en tropel. Si es cierto lo de Erza

Pound (*It is better to present one Image in a lifetime than to produce voluminous works*), Pacheco es un fuera de serie de la poesía por su creatividad de imágenes musicales.»

Nos parece un trabajo selectivo interesante, sobre todo porque, como hemos apuntado, no son frecuentes —tal vez por lo arduo del trabajo— las antologías temáticas, y menos en torno a un único poeta. También es importante porque nos muestra, sin velos, que para escuchar *música* no es necesario tener en casa centenares de «vinilos», como dicen ahora.

Nos vamos a Albacete...

... para encontrarnos con otra antología, esta vez provincial. Y se trata de un volumen editado primorosamente —casi lujoso, diríamos—, patrocinado por su Diputación, seleccionado y dirigido por José Manuel Martínez Cano.

Esta *Antología poética de autores albacetenses* viene a recoger «cien años de poesía» que componen cuarenta y cinco creadores —once ya desaparecidos— en cinco apartados: «La realidad circundante», «La búsqueda de la identidad asumida», «El desencanto y la nostalgia», «Imagen y lenguaje», además de «In memoriam». Los cuatro primeros grupos corresponden a poetas nacidos entre 1905 y 1964, siendo el último el que corresponde a los que lo hicieron desde 1884, que completan ese siglo de poesía en Albacete.

El libro está presentado por Alonso Zamora Vicente, sucinta pero concisamente, para dar paso a un prólogo —*estudio*— a cargo del autor y un segundo prefacio —*emotivo*— escrito por José S. Serna.

Así como los poetas que integran «In memoriam» llevan como encabezamiento una nota biográfica, los de los grupos restantes son bibliografiados en un apartado final.

Si toda antología adolece de mermas o creces —según las acrobacias que decida realizar el director del cotarro—, estos fallos suelen resaltar más nítidamente en las que se remiten a una región o provincia, pues de algún modo debe hincharse el perro si no puede hacerse caer en la cuenta a ciertos escritores, lectores o mecenas que la poesía no goza en nuestro país (de más seco que regadío) con abundantes cosechas dignas de ser recordadas sin alusión a las plagas. Las influencias —incluso los *moldes* prefabricados, comercializados o prestigiados— de algunos poetas consagrados —aunque lo sean peninsularmente y, a veces, extrapoéticamente— se reflejan con demasiado mimetismo en los caminantes advenedizos que no recuerdan los versos de don Antonio Machado. Pero suele resultar inevitable y creemos que casi imposible de corregir.

Es obvio que José Manuel Martínez Cano ha tenido estas consideraciones en cuenta, puesto que escribe:

«Finalmente, convendría aclarar que el antólogo no se ha dejado llevar por sus gustos y convicciones personales —la nómina de incluidos se reduciría considerablemente— y se ha dejado llevar por ese criterio, señalado al principio, de la *buena intención*. Respecto a mi inserción en estas páginas —en este caso el antólogo es poeta antes que nada— se debe a una decisión del señor diputado de Cultura —patrocinador